

Comentarios del maestro Gilberto Guevara Niebla*

Muchas gracias a todos por su presencia. Quiero decir que me siento muy honrado por estar aquí junto a la doctora María Rosa Buxarrais y al maestro Lorenzo Gómez-Morín y demás compañeros de mesa. Creo que compartimos todos una gran preocupación por el tema de la educación en valores, que nace sobre todo de la conciencia que poseemos acerca de los grandes “huecos morales” de nuestra propia sociedad. Es verdad que el mundo, como la doctora lo ha expuesto, ha sufrido transformaciones en numerosos planos que están creando problemas y conflictos que le han conferido a la moral, a la ética, una relevancia que no tenían hasta hace veinte años.

Sin embargo, es importante señalar que la escuela, no sólo en México sino en todo el mundo, durante el siglo XX fue una escuela predominantemente intelectualista; fue muchas veces memorista, otras veces funcional y práctica, pero siempre subestimó la dimensión ética del alumno.

Esta revaloración de la educación moral de la que tanto se ha hablado no ha encontrado, sin embargo, soluciones fáciles: ¿cómo llevar la educación moral a la escuela? El problema se plantea primero en términos de la definición de moral: ¿qué es moral?, y en este punto los mexicanos nos peleamos unos contra otros porque habrá quienes opinan, desde el punto de vista religioso, sobre todo el más con-

* Director de la revista *Educación 2001*.

Educación en valores y democracia

servidor, que sólo se puede aprender moral a través de la religión.

No obstante, en el mismo sector religioso, por ejemplo, en el Instituto de Investigaciones de Educación Católica, que se encuentra en la Universidad de Londres, se ha dado una evaluación muy crítica de lo que ha sido la moral que la Iglesia católica ha transmitido a lo largo del siglo XX.

Pero aquí no sucede lo mismo, aquí tenemos muy pocos estudios críticos dentro del campo mismo de la religión, orientados hacia las dificultades o las posibilidades que ofrece la educación religiosa para la construcción democrática.

En este sentido, los jacobinos, la Revolución Mexicana, Plutarco Elías Calles, herederos de Álvaro Obregón, sonorense, etcétera, reivindicaron un laicismo como antirreligiosidad, un laicismo agresivo, igualmente dogmático como, digamos, la antigua ética cristiana. Pero es un laicismo anacrónico que todavía está presente sobre todo entre las filas de algunos partidos políticos, y ha causado mucho daño.

De este modo, se presenta un gran problema para los mexicanos: aun suponiendo que unos y otros nos pusieramos de acuerdo en qué tipo de moral enseñar –por ejemplo, una moral moderna, una moral que recupere la esencia de lo que es la ética cristiana, como lo planteaba en un sentido laico don Alfonso Reyes en la “cartilla moral”, sin ser moral cristiana, sin ser moral religiosa, en fin, una moral cívica moderna–, vendría entonces el dilema de cómo vamos a enseñar esa moral.

Lo que María Rosa Buxarrais nos ha ofrecido es un modelo al que me atrevería a calificar como el más sofisticado que se ha podido desarrollar en la cultura hispanohablante. El modelo que propone se ubica en el horizonte de la

construcción democrática: ¿cómo crear una moral para la democracia?, ¿cómo crear una moral para una convivencia democrática?

La moral que el modelo escoge son las llamadas morales autónomas, en plural, aunque en realidad se trata de una moral, la que parte de la idea de que el hombre debe ser primero, antes que nada, libre, autónomo, autosuficiente.

Y dentro de ese marco existen las morales en las que el educador no intenta favorecer la creación autónoma de valores del alumno, sino que busca imponerle sus propios valores. Éstas son las morales que a veces son llamadas doctrinarias o heterónomas, coercitivas o activas.

Ahora bien, para la realización de una moral autónoma se tiene que considerar un conjunto de factores. La doctora María Rosa Buxarrais nos habló, por ejemplo, de tres grandes criterios: autonomía, diálogo y respeto a los demás.

Si nosotros como profesores buscamos crear en el aula las condiciones para favorecer la autonomía de nuestros alumnos, nos vamos a enfrentar con situaciones muchas veces difíciles de describir. En México, muchos de los alumnos son muy pobres, muy humildes, que provienen de estratos sociales muy bajos.

Cuando el aula se organiza de manera espontánea, lo que ocurre siempre es que los niños más inteligentes se colocan al frente, y no sólo ellos sino también los que tienen más seguridad, más iniciativa, e incluso, los que le van a “hacer la barba” al profesor. Atrás están los silenciosos. Y como profesor, los que siempre me preocupan son los de atrás, los silenciosos, sus dificultades para decidir por sí mismos, para ejercer la crítica, para simplemente hablar en el aula y enfrentarse a una opinión distinta, de manera abierta.

Educación en valores y democracia

Evidentemente, en el aula existen distintas habilidades sociales, diversas capacidades para hablar en público. Hay, digamos, distinto capital cultural en cada uno de los alumnos, y los que provienen de estratos más altos llevan ventaja.

Pero si exploramos en la “zona oscura” del aula, lo que vamos a encontrar es una enorme ignorancia de los alumnos acerca de su propia personalidad. Es decir, un mínimo nivel de autoconocimiento; los niños pobres por lo regular se conocen muy poco a sí mismos, reflexionan muy poco sobre ellos mismos, se dan poco tiempo para pensar sobre sí mismos y viven en entornos que no les reconocen sus virtudes y, por lo tanto, se enfrentan al problema de lo que se llama baja autoestima.

Es decir, estamos ante un problema tremendo que es reforzar la autoestima, el autoconcepto, la autoconfianza, la fuerza interior de nuestros niños, que son la mayoría.

La escuela mexicana no ha reforzado la autonomía como el maestro Lorenzo Gómez-Morín con mucha claridad decía: “Lamentablemente nuestra escuela no está formando la moralidad que queremos que forme, que impulse”. No se ha formado a individuos críticos porque por mucho tiempo, y esto es historia, en el régimen producto de la Revolución Mexicana el problema prioritario fue el de la justicia social y no el de la libertad, no el de la autonomía, no el de la formación de ciudadanos críticos.

Entonces, la formación de individuos críticos es una deuda, es un problema pendiente, es un enorme retraso histórico que exhibe al sistema educativo mexicano.

Nuestro problema no es sólo que los niños no sepan matemáticas o la lengua, porque saber matemáticas es también aprender a pensar, y saber el lenguaje es también saber

María Rosa Buxarrais

hablar, saber expresarse. Pero existe un problema profundo en un sedimento mucho más abajo del alma de los niños, que es el pobre concepto que tienen de sí mismos.

Con nuestros alumnos hicimos un sondeo sobre el lenguaje moral en familias mexicanas de extracción popular, para saber cuántas veces se usaban las palabras amor, respeto, solidaridad, diálogo, etcétera, durante sus reuniones de sobremesa. El resultado fue que muy pocas familias utilizaban estos términos.

El esquema que presenta María Rosa es un esquema que en el México profundo, como diría Bonfil Batalla, sería cuestionado porque somos un país profundamente resentido, dolido, agravado. Tenemos una población joven muy resentida, muy dolida, por lo que aquí la parte emocional de la educación vendría a exigirle más al modelo.

Nosotros somos un país pobre y al mismo tiempo rico; somos un país con un gran potencial, una gran riqueza material, pero lamentablemente no diría lo mismo de nuestros gobernantes. Nosotros mismos no hemos sabido construir una sociedad justa, igualitaria, y no hay reciprocidad, y al no haberla, los abusos, excesos, atropellos, prepotencia, etcétera, se convierten en odio que difícilmente puede llegar a convertirse en racionalidad, en inteligencia. Estamos atorados por el odio, por el odio social, por las desigualdades. Eso tiene a México contrito, pobre y desunido, y con un horizonte lamentable. La otra dimensión tiene que ver con el diálogo, el segundo criterio que introdujo la doctora Buxarrais, y que al escucharlo pensé en la política mexicana, en la vida pública mexicana, y me pregunté: ¿cuál diálogo? Es decir, nuestros partidos políticos se reúnen y firman un pacto político, y al día siguiente leemos en los periódicos unos insultos increíbles al

Educación en valores y democracia

presidente de la República, y no quiero decir que el presidente a su vez no corresponda a sus adversarios de vez en cuando.

El problema aquí es que no puede haber diálogo entre actores que se tratan a patadas, que se escupen. No se escupen materialmente, aunque a veces sí lo hacen y se dan de trompadas materiales. Sin embargo, las agresiones simbólicas son peores, más bajas, viles, crueles y dolorosas que las agresiones materiales. Entonces, la falta de diálogo nos condena a la ruina como nación. Todo esto es preocupante, obviamente en términos del futuro del país y de nuestros hijos.